

## teatro que sale del teatro

**C**UANDO, hace ya algunos años, se empezó a hablar en España de la necesidad de un teatro realista, de un teatro de revelación y subsiguiente intervención en el proceso social, el Arte esgrimió una serie de dudosas objeciones. Habló de Poesía, de Ternura, de Fantasía, como ejércitos que oponer al Testimonio, la Tragedia o el Compromiso social. La batalla ha tenido, siempre con manifiesta y explicable superioridad de los «Artistas», una línea fluctuante hasta llegar a este 1964 —cien años después del nacimiento de Unamuno—, en el que la Poesía, la Fantasía y la Ternura se han espoltronado en los teatros madrileños.

Yo lo paso mal, porque nunca he entendido del todo a los que fabrican, conscientemente de lo poetas, lo tiernos o lo imaginativos que son, ese teatro. Yo soy de los que creen que esas características pierden interés cuando, en lugar de adscribirse a una visión de la realidad, en lugar de surgir espontáneamente de una situación dramática, son el resultado de un deliberado esfuerzo de falsificación. Yo encuentro poético a Baroja, cuando cuenta lo que ve llanamente, virilmente, llamando al pan, pan y al vino, vino. La «poesía funcional» de tantos de nuestros autores me parece, en cambio, una ingenuidad. Y, en ocasiones, una cursilería.

Aun el humor convencional, el género cómico, tiene un cierto pudor, porque el autor recurre a las recetas cubriéndose el rostro, sin pretender mostrar otra cosa que su capacidad para volver a armar el juguete. Lo de los autores «poéticos» y «tiernos» me parece más grave, porque adoptan un aire, entre tímido y plañidero, de seres indefensos, de hombres civilizados e incomprensidos, cuando todos estamos al cabo de la calle de que se trata, simplemente, de acariciar o arañar dulcemente los buenos sentimientos del público.

Quiero, a los cinco títulos de esta semana, de méritos desiguales en lo superficial, pero radicalmente análogos en su concepción del teatro, oponer un texto de Miguel de Unamuno, uno de los pocos escritores españoles que están dentro de sus obras, viviendo y realizándose a través de sus dramas. Lo hago por varias razones. Una, porque creo que la crítica que hizo Unamuno de la escena española sigue en pie y, en definitiva, constituye un magisterio para cuantos quieran juzgar nuestro teatro. Otra, porque cada vez, frente a tanto «teatro sacado del teatro», me parece más importante y considerable su idea de un teatro sacado de la vida, en el que «el drama debería ser siempre más importante que el dramaturgo» y en el que el autor no haría, a través de su propio testimonio, más que testimoniar la tragedia o la comedia colectivas. Otra, porque sus adversarios, los que tuvo en vida y los que tiene ahora, no hacen sino magnificar la dureza de su combate y el quiéjotismo —como norma, no como aventura— de su actitud.

Copio de su «La Regeneración del Teatro Español»:

«Todo el mundo sabe lo que va en pintura del estudio del natural, a la copia de los modelos, y cuán inagotable fuente de males es la de que los artistas pinten, en vez de la realidad visible, otros cuadros, cayendo así en el cromó. Este y no otro es hoy en España el mal mayor del teatro, el convencionalismo del cromó teatral. Fórmense los autores en el teatro y a él sacan el mundo teatral; es el teatro, teatro de teatro, una muerte, y peste que se agrava cuando se escribe para tal actor o actriz, mal ya antiguo.

Al teatro, que languidece por querer nutrirse de sustancia propia, no le queda otra salvación que bajar de las tablas y volver al pueblo. Conviene en ocasiones tales la irrupción en escena de algún bárbaro que ahuyente al público no pueblo, un azote de todo convencionalismo. No importa que fracase; ha abierto vereda por donde pueden pasar los dramas no teatrales. Sí, dramas no teatrales. A nadie extrañaría que un crítico recomendase a un actor el que no declamase teatralmente, y no debe extrañar que se sostenga que el teatro tiene que renunciar a lo teatral para nutrirse de lo de fuera de él.»

Unamuno, además de novelas, ensayos, dramas, poesía... hizo también, en pocas páginas, el esquema de una crítica del teatro español que sirve, perfectamente, para hablar de los estrenos de esta semana. Sus autores son Casona, Paso, Salom, Armiñán y Alonso Millán. Cuenta, por encima de la crítica elogiosa o adversa —esto de criticar es muy relativo, ya se sabe— que pudiese hacerse a cada autor, el hecho, éste indiscutible y nada relativo, de su común denominador. El de «teatro sacado del teatro», de que hablaba don Miguel.

JOSE MONLEON



**Haga revivir su piel con**

**CRÈME VIVANTE**

**A BASE DE CELULAS VIVAS ESTABILIZADAS**



**LANCASTER**

LOS TRATAMIENTOS DE BELLEZA QUE DETIENEN LA MARCHA DEL TIEMPO.